

el áspero camino de la gloria, y escribirán, como pueden, el drama y la comedia de nuestra edad filosófica.

El público mismo no comprenderá su ceguera pasada, como hoy no comprende el entusiasmo que produjeron Comella y Churiguera; como hoy se asombra de haber tenido en gran estima las piezas andaluzas, el baile francés, á algunos personajes del reino y otras aberraciones del gusto.

Y el público, entonces, se dará también la enhorabuena.

.....
1859.



CARTA Y PRÓLOGO

REFERENTES AL LIBRO TITULADO

«EN LOS MONTES DE LA MANCHA»

I

CARTA

AL diablo no se le ocurre lo que á usted, mi querido Navarrete! ¡Enviarme, para que yo lo presente al público, un libro que pugna con todas mis ideas y con casi todos mis sentimientos!—Demos de barato, hombre de Dios, que mi firma tuviese en el mercado literario todo el crédito que usted apasionadamente supone..... ¿No conoce usted que lo tendría *por algo*, y que ese *algo* se fundaría en mi propia manera de pensar y de sentir?—¿Qué resultaría, pues, si, á los que de mi opinión se fiaran, les recomendase yo una obra como ésta de V., que contradice todas las doctrinas de mis pobres escritos y hiere ó desconoce los más íntimos afectos de mis

habituales lectores? Resultaría el descrédito de mi *firma*, y, consiguientemente, la ruina de mi *casa*, dado que nadie volvería á comprar libro alguno de que yo respondiera, ya fuese en calidad de autor, ya como prologoísta.

Pues añada V. (y guárdeme el secreto) que no tengo ese crédito literario; añada que mi papel de escritor apenas se cotiza ya en Bolsa; añada que, por asco á ciertas quiebras del oficio, estoy á punto de retirarme de los negocios, olvidando hasta que existan *letras*..... en el sentido retórico de la palabra, y comprenderá V., mi comandante, cuán lejos me hallo de poder servir de padrino á su obra titulada *En los montes de la Mancha*, y cuán difícil sería, de todos modos, que mi padrinazgo le sacase á V. de ningún apuro.

Sin embargo..... (respiremos): le quiero á usted tan de veras, me ha comprometido usted con tanto donaire, le debo tales mercedes, y hay tantos primores artísticos y literarios en esta obra, á vuelta de sus muchas atrocidades de concepto (perdóneme la claridad), que he discurrido un medio de complacer á V. en mucha parte, sin menoscabo alguno de mi conciencia y sin que pueda tampoco argüírseme de que giro contra el público *al descubierto*.—Dicho medio se reduce á *enumerar* pura y simplemente, en una especie de índice

ó resumen, todos los elementos que componen su *Crónica de Casa*, dejando al lector el cuidado de ver qué le conviene más: si quemarla sin leerla; si leerla y quemarla después, ó si guardarla después de haberla leído.

Ahí le mando, pues, ya que no la *carta de crédito* que me pide, una que pudiera llamarse *carta-factura*, la cual, amigo mío, si bien indica algo, y aun algos, contra la misma obra á que va á servir de *prólogo*, no por ello deberá ser calificada de *carta de Urtas*, dado que ni se la entrego á V. cerrada y sellada, como la que David puso en manos del esposo de Betsabée, ni mi deseo es que el público, al leerla, destine á cruda muerte este no del todo empecatado libro, sino, muy al contrario, conseguir que perdone las barrabasadas de unas páginas por las bellezas de otras, demostrando á V., con su indulgencia y su afecto, las esperanzas que todos tenemos de que un hombre de tanto ingenio, de tanto saber y de tan buen corazón como D. José Navarrete y Vela-Hidalgo, se canse de calumniar su propia naturaleza y de afligir á sus mejores amigos.

Lo es de V. impenitentemente,

P. A. DE ALARCÓN.

II

AL PÚBLICO

El adjunto libro (¡oh mi antiguo protector y algunas veces cómplice!) débese á la pluma de un ex comandante de Artillería, actual oficial primero del Ministerio de la Guerra, dos veces diputado á Cortes; pi-margallista en el orden político y espiritista en el orden religioso; defensor, sin embargo, del insigne Cuerpo de Artillería en el Congreso de 1872; andaluz, de la provincia de Cádiz; de cuarenta y dos años de edad, salvo error de pluma ó suma; perteneciente á una muy cristiana y distinguida familia; hermoso y robustísimo hombre, aunque prematuramente cubierto de canas; tan aseado de su persona y vestimenta, como él mismo se encarga de referir más adelante; fumador implacable; no bebedor ni jugador; bravo soldado; amantísimo hijo; hermano cariñoso; elocuente orador; buen matemático; pretendido filósofo, y autor del precioso libro titulado *De Vad-rás á Sevilla*, de algunas piecicillas dramáticas representadas con mucho éxito, y de varios artículos de costumbres, de crítica literaria y de política, que todavía no han sido coleccionados.

Aunque esta su nueva obra (que yo no te recomiendo) se titula *En los montes de la Mancha, Crónica de Caza*, contiene muchísimas cosas que no son venatorias, ni manchegas, y que voy á ver de enumerar detenidamente, para que formes juicio por ti propio de si te acomoda ó no emprender su lectura; pues, como la llegues á emprender, yo te juro que no dejarás el libro ni á tres tirones.

Contiene esta obra:

1.º Un tratado completo de *Montería*, muy técnico y minucioso, y el diario de operaciones de la *Partida de Caza* que le sirve de título.

2.º Un sinnúmero de *Datos biográficos del autor* y de pormenores de su vida, hábitos y costumbres; todo ello contado por él mismo en términos muy originales y graciosos.

3.º Un verdadero mosaico de *nombres y apellidos, dichos y hechos, anécdotas y noticias referentes á todos sus amigos*, sin distinguir entre los que (por su profesión ó importancia) son hombres de dominio público, y los que nunca jamás habían figurado ni soñado figurar en letras de molde; cosa que te producirá, mientras leas, cierto sustillo muy sabroso, semejante al que nos causa el atolondramiento con que pisan la escena los *aficionados* de teatro casero ó las alumnas del Conservatorio.

4.º Magníficos *retratos* tomados del natural

y de cuerpo entero, que supongo parecidísimos, de cuantas personas le salen al paso durante la expedición (pues esta cacería más parece de seres humanos que de alimañas, y el Sr. Navarrete no yerra un tiro; de modo, que persona que él ve, ya puede estar segura de que cae revoloteando sobre la imprenta con todos sus pelos y señales)....

5.º Magistrales descripciones de *cuadros de la naturaleza*, dignos del pincel de Claudio de Lorena y de Poussin, donde figuran como pormenores hábilmente colocados los trances de la cacería, la pacífica aldea, la graciosa quinta, la humilde choza y el manso rebaño, y donde corre el agua, verdeguea la hierba, se columpian los árboles, ondea el humo de las cabañas, viajan las nubes, arde el sol, relucen las estrellas y sueña la enamorada luna; todo ello con tal propiedad, que le parece á uno estar viéndolo y prueba aquella emoción inefable que las campiñas, los bosques y las montañas producen en las almas que no son de cántaro.

6.º Una colección de *Poesías*, ya picantes, ya serias, cuáles descriptivas, cuáles amatorias, todas inspiraísimas y bellas y rebosando el fuego y la animación que siempre superabundan en la mente volcánica del antiguo artillero, cuyo espíritu tiene algo de polvorín ó de *santabárbara*.

7.º Dos ó tres *escenas-discursos* que huelen

atrozmente á *espiritismo*, ó sea fundados en la suposición de que los muertos vienen á este mundo á hablar con los vivos; broma que no sé cómo se atreve á sostener el Sr. Navarrete, cuando bien sabe que hasta ahora no ha podido comunicarme noticia alguna de *ultratumba*, á pesar de habérselas yo pedido con verdadera necesidad y grande empeño.... — ¿Quién no tiene seres queridos en el otro mundo?

8.º Un *Tratado del vino de Jerez*, con su correspondiente descripción de las célebres bodegas de D. Manuel Misa, y gran copia de curiosos datos sobre el particular, amén de una pícara historia de cierta visita que hicimos juntos á aquella catedral de Baco (no siempre se ha de decir *templo*); historia en que yo salgo, hablo y bebo como cualquier hijo de vecino, resultando un si es no es dudosa mi sobriedad ó *templanza*, sin motivo suficiente para ello (que es lo peor).

9.º Una extensa disertación, en forma, sobre el *Arte de derribar toros* y sobre los llamados *garrochistas*.

10. Otra disertación sobre el carácter, genio y costumbres del renombrado poeta *don Antonio Fernández Grilo*, á quien (dicho sea de paso) yo también quiero mucho, y cuyo natural numen poético me causa verdadero asombro.

11. Una descripción, escrupulosamente ca-

bal, de la *Quinta de Vista Alegre*, propia del Sr. Marqués de Salamanca, situada en Carabanchel de Abajo, donde salimos á relucir otra vez una porción de amigos del Sr. Navarrete, sin tener en cuenta que nosotros no formábamos parte de la excursión de caza que sirve de argumento al libro, y sin reparar en que los Carabancheles distan muchas leguas de los *montes de la Mancha*.—Pero el Sr. Navarrete y su obra son así, y esta manera de ser constituye su novedad y su encanto.

12. Toda una *Novela*, que ocupa el último tercio del tomo, titulada EL DRAMA DE VALLE ALEGRE..... (Sin duda, este nombre de *Valle Alegre* es la justificación del capítulo sobre *Vista Alegre*, ó viceversa, por aquello de —¿Han oído Vds. un cañonazo?—No, señor. —Pues á propósito de cañonazo....., etc.)

Por lo demás, el tal *drama*, ó *novela*, tiene tanto de agrio como de dulce..... —; Lástima que quien sabe escribir aquel admirable capítulo denominado *La casa vacía* (que para mí es lo mejor de todo el libro) no cultive formalmente la novela, dejándose de zarandajas!—Zarandajas son, por ejemplo (perdone que se lo diga), todas aquellas indignaciones, exclamaciones y contorsiones á que da margen el *abintestato*.—; Si al Sr. Navarrete le urgía hablar mal del clero, de los tribunales de justicia, de nuestra legislación en materia de testamen-

tos, y de los principios, *todavía universales*, en que descansa la propiedad....., debió armarse de razón; debió buscar mejor coyuntura; debió.....—Pero veo que falto á mi propósito: veo que critico, veo que discuto....., y no es esto lo que he prometido hacer.

Torno, pues, á mi enumeración, y digo que en este libro hay otra multitud de cosas peregrinas y heterogéneas, entre las cuales citaré, como muestra de lo admirablemente que escribe nuestro hombre y de lo bien que siente (cuando se olvida de sus preocupaciones político-filosóficas), algunos pasajes que se recomiendan por sí solos, mucho mejor que yo pudiera hacerlo si empuñase el escámpelo de la crítica.

Desde las primeras páginas adviértense ya, como he dicho, el grande y profundo sentimiento de la naturaleza que atesora el alma del Sr. Navarrete, sus dotes de observador, la riqueza de colores de su paleta y el pintoresco desenfado de su estilo. Pero donde todas estas cualidades de paisajista se muestran más soberanamente es en el capítulo titulado *Los Misterios del Monte*. Describe allí ciertos solitarios parajes de una selva con tal unción y ternura, que el alma del autor resulta más frondosa, más apacible y más inofensiva que aquella angusta soledad, de la cual dice, noblemente conmovido:

«..... En estas guardadas espesuras, que rara vez huella la planta del hombre, se requerirán de amores los castísimos ciervos, y se besarán con los picos los ruiseñores, mientras en las ciudades, bajo el sol del progreso, se hacen guerra mortal los reyes de la creación.»

Antes, en la pág. 73, ha pintado una velada de cortijo, donde *sacaron sillas á la puerta* y se sentaron *bajo el emparrado, sobre una alfombra de luna, rodeados de las escopetas negras y de los perros, á oír cantar á Trillo, al compás de una vihuela, unas seguidillas manchegas*, en cuya descripción nótase el mismo sentimiento de la paz campesina y la propia habilidad de este gran poeta para expresarla con dos ó tres rasgos de su inspirada pluma.

En otro lugar dice: «Es imposible pasar junto á las rosas que se columpian gentiles en sus tallos, coronando la verde hojarasca entre una multitud de encendidos capullos, sin que nuestros ojos se pongan en sus cálices con delicia, sin que nuestros labios sientan deseo de posarse en sus pétalos suaves, sin que nos aguijonee el anhelo de arrancarlas para disfrutar más tiempo de sus fugaces hechizos.»

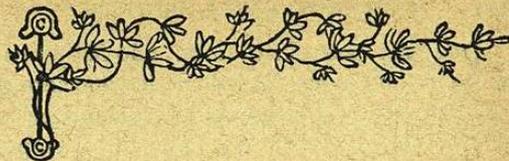
Esas rosas se ven, se huelen, se desean.— ¡Así se pinta, así se escribe, cuando se tiene alma para sentir la belleza natural! — ¡Qué sencillez y qué vida, qué realidad y qué arte hay en esas facilísimas palabras!

¡Pues nada digo de la animación, de la exactitud y de la piedad con que, en la página 115, refiere el asesinato de una pobre cierva!—Ante aquella pintura palidece hasta el cuadro en verso, referente al mismo asunto, que se admira en la colección de poesías inserta en este mismo volumen. Y entonces, como siempre, deplora uno el empeño del señor Navarrete en echarla de malo, de ilegal y de *esprit fort*; pues se ve y se toca que es un hombre sensible y bueno, tierno y caritativo, aunque un tanto descarrilado, que lleva en su interior todas las ideas justas y todas las virtudes cristianas, algo dislocadas aquéllas y estropeadas éstas, es verdad....., pero no perdidas ni sin compostura fácil, á pesar de los azares del descarrilamiento.

Por lo demás, y sin ser un escritor muy puro que digamos (en lo tocante á la gramática, se entiende), posee tan galano y rico lenguaje andaluz, conoce tan exactamente los nombres propios de todas las cosas y de todas las ideas; tiene tan al dedillo el tecnicismo de lo nacional y de lo extranjero, de lo vulgar y de lo culto, de lo casero y de lo científico, de lo natural y de lo filosófico, que pocos libros de su tamaño contendrán tanto número de voces, ni las presentarán usadas con tanta conciencia como esta *Crónica de Casa*.—Se ve que el autor sabe matemáticas; se ve que

ha vivido largo tiempo en el campo; se ve que es hombre político; se ve que ha sido artillero; se ve que ha guerreado; se ve que es poeta; se ve que se ha criado en buenos pañales; se ve que ha leído mucho; se ve que frecuenta casas principales; se ve que filosofa en el Ateneo; se ve, en fin, que conoce el mundo por sí mismo y no de oídas.

En resumen: este libro, más que una obra artística, determinada y concreta, es una especie de exposición de todas las aptitudes literarias del Sr. Navarrete; algo por el estilo de la cartera en que los pintores van reuniendo sus bocetos y ensayos en cada género; una colección de muestras de su ingenio privilegiado, que lo acreditan á mis ojos de inspirado poeta, elocuente prosista, observador muy sagaz y habilísimo narrador, calidades todas que darán de sí un novelista de primer orden el día que se resigne á tratar cualquier asunto adecuado para el caso, y á someterse un poco á las por él muy conocidas reglas del arte.



REGRESO DE ZORRILLA Á ESPAÑA

EN 1866

CARTA AL DIRECTOR DE «EL MUSEO UNIVERSAL»

DIEZ y ocho años han transcurrido desde que nuestro gran Zorrilla abandonó el suelo de España.—¡Diez y ocho años! ¡Toda una vida! ¡Casi la edad que contaba el inspirado vate el día que conquistó el primer laurel sobre la tumba de Figaro!—Ello es que cuando la generación literaria que hoy milita empezó á percibir, estremecida de entusiasmo, los mágicos sonos de aquel arpa que sonaba al modo del laúd de los antiguos trovadores y de nuestros épicos romanceros, ya el poeta de la fe y de la caballería, de la cruz y del islamismo, de *Maria* y de *Granada*, no vivía entre nosotros, sino que cruzaba el Océano para ir á perderse, como huésped de la apartada y espaciosa América, en un limbo que no era la muerte ni la vida, y que tenía algo de una anticipada posteridad.